—¡Temeridad loca y hasta ridícula!

—Así será para los que no tienen idea de la honra de la patria, y para los que no ven nada más allá de esta ruín existencia, ni nada más allá del pan que comen todos los días.

—Entregarse de ese modo á la muerte es un suicidio, y el suicidio es un gran pecado.

—No es suicidio, no. La ley ineludible de la patria me ha puesto en un lugar que debo defender, aun á costa de la vida. ¿Que vienen fuerzas superiores? ¡Pues vengan! La patria me manda esperar tranquilo, y la ley me veda el apartar los pies de aquel sitio. ¿No morían los mártires por la religión? Pues la patria es una segunda religión, y antes que faltar á su ley, el hombre debe morir. ¿Y qué es la muerte? Los necios se asustan de la muerte, porque la muerte les quita el comer y el gozar. ¡Mentecatos! ¿Por ventura, no son mejor comida y mejor goce los de la bienaventuranza eterna? Ve ahí á mi esposa. Cierto que me aflige dejarla; pero sé que la perderé de vista tan sólo por algún tiempo, y que sus virtudes la llevarán luego á donde la tenga delante de mis ojos durante todas las eternidades, sin cuya compañía creo que el mismo Cielo me sería fastidioso. ¡Morir! ¡Ahí es gran cosa morir, y apañado tienes el ojo! ¿Pues acaso el morir es mal que puede compararse siquiera al dolor de un rasguño recibido en la tierra? Y si el morir no es nada para el miserable cuerpo, ¡cuán grande y fausto suceso no es para nuestra alma, mayormente si por la nobleza de nuestro fin nos empingorotamos sobre todas las cosas na-

cidas! ¡Morir por la patria; morir en el puesto que á uno le marca su deber; morir, no por conquistar un pedazo de tierra, ni por un cacho de pan, ni por una baja ambición, sino por una cosa que no se ve, ni se toca, cual es una idea y un sentimiento puro! ¿No es equipararnos á los santos del Cielo y acercarnos á Dios todo lo que acercarse puede una criatura?

Dicho esto, calló. No le contesté nada, porque tanta grandeza me tenía anonadado.

Al cabo de un buen espacio volvimos de la alcoba á la sala; acercóse él con pasos muy quedos á Doña Gregoria, y le dió muchos besos, tan en flor por no despertarla, que apenas tocaban sus labios el arrugado cutis de la anciana.

Luego enjugóse las lágrimas, y dirigiendo una mirada en redondo á todos los objetos de la sala, me dijo con voz grave y entera:

—Gabriel, vamos.

XXI

No valían razones contra él, y cuanto yo pudiera decirle habría sido predicar en desierto; razón por la cual determiné cesar en mi obstinación, reservándome el emplear después cualquier estratagema para impedir una desgracia. Como durante la visita á la casa había

transcurrido mucho tiempo, cuando salimos principiaba ya á clarear la aurora, y advirtiendo por las calles más gente de la que en tales horas suele encontrarse, nos fuimos á curiosear un poco antes de volver á Los Pozos. Serían las seis cuando entrábamos en la calle de Fuencarral, y como era ésta la hora señalada para la rendición, subían y bajaban por la citada vía numerosos grupos de hombres, armados unos, sin armas otros, pero todos puestos en mucha agitación. Había quien en alta voz declamaba contra lo capitulado, poniendo á Morla, á la Junta y á Castelar como ropa de pascua; otros se desahogaban insultando á Napoleón; muchos rompían las armas, arrojándolas al arroyo; no faltaba quien disparase al aire los fusiles, aumentando así la general inquietud, y, por último, hacia el Arco de Santa María vimos algunos frailes dominicos y de la Merced que, arengando á la muchedumbre, procuraban calmarla.

—Vamos, corramos á nuestro puesto—dijo Fernández,—no sea que nos tengan preparada una sorpresa.

—Aún no es la hora designada,—le dije procurando entretenerle de modo que llegáramos tarde.

—¿Cómo que no?—clamó con exaltación, avivando el paso.—Corramos, no sea que lleguemos tarde y entreguen Los Pozos. Mal hemos hecho en abandonar nuestro puesto por una necia sensiblería. ¡Quién sabe lo que hará esa gente si no estoy yo por allí! Corramos, pues ya he dicho que se rendirá Madrid, que

se rendirán Los Pozos, que se rendirá el jardín de Bringas; pero que el Gran Capitán no se rinde.

Empezamos á correr, cuando detúvome de improviso un hombre que en opuesta dirección venía. Era Pujitos.

—Gabriel—me dijo muy sofocado:—vuelve atrás, no vayas á Los Pozos; echa á correr y escapa como puedas.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?—preguntó mi amigo con la mayor zozobra.—¿Ha venido Napoleón en persona?

—¡Qué Napoleón, ni qué Juan Lanas!—añadió Pujitos empujándome para que retrocediera.—Corre presto, que si llegas allá te echan mano. Ahora mismo han estado esos perros por tí.

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser sino D. Luis Santorcaz, ese que llaman Román, y los tres ó cuatro pillos que andan con ellos?

—¿Y á mí para qué me buscan?

—Para prenderte.

—¿Y quién es él para prenderme?—exclamé lleno de ira.—¿Pero no dijeron por qué me quieren prender? ¿Qué he hecho yo?

—Sí dijeron, y es un aquél de traiciones que has hecho y no sé qué diabluras. Con que á correr. Mira que vienen. Aire á los pies y buenos días.

—¿Eh? Basta de simplezas—dijo el Gran Capitán,—y no me detengo más, que hago falta en otra parte.

Y marchóse resueltamente hacia arriba sin

decir nada más. Luego que me quedé solo con Pujitos, proseguimos nuestro altercado, él queriendo obligarme á que retrocediera, y yo obstinándome en seguir, pues me parecía una fábula aquello de mi prisión y la mudanza de Santorcaz y Román en alguaciles, y sobre todo en perseguidores míos por traiciones que yo no había soñado en cometer. Pero al fin logró convencerme recordando pasados sucesos que podían explicar, ya que no justificar, aquel hecho como una venganza; creí prudente seguir el consejo de mi compañero de armas, hombre que no por ser tonto dejaba de ser honrado, y me escurrí á buen andar en dirección al Espíritu Santo.

Cerca de la calle Ancha tuve un feliz encuentro en la aparición de mi reverendo amigo el fraile mercenario, que seguido de mucha gente venía en dirección opuesta.

—¿A dónde vas, Gabriel?—me dijo deteniéndome.

—Voy huyendo, Padre—le respondí;—huyendo de infames enemigos que me persiguen sin motivo alguno.

—¿Quién, quién es el atrevido que te acosa?—exclamó briosamente.

—Hombres pérfidos, hombres inicuos que han sido espías de los franceses, y ahora aparecen como oficiales de la justicia.

—¿Pero de qué justicia? ¿Quién nos manda? Sepámoslo de una vez. ¿Nos manda aún nuestra Sala de Alcaldes, ó nos manda un bigotudo General francés, en nombre de Napoladrón? ¿Ha capitulado ya la plaza?

—No lo sé, Padre; pero es lo cierto que esos hombres me buscan para prenderme, y con autoridad ó sin ella llevan sus reales despachos en toda regla, que maldito sea el que se los dió para que satisfagan infames venganzas personales.

—Vamos á ver qué es eso...

—No, Padre: yo no pienso ver nada más que la calle por donde corro, porque conozco la clase de gente en cuyas manos voy á caer.

—Por la Santísima Virgen del Carmen, que nadie te ha de tocar el pelo de la ropa, al menos yendo conmigo. Ea, señores—añadió Salmón volviéndose á los que le seguían,—me voy á mi casa. Se despide de ustedes el Padre Salmón, de la Orden de la Merced: ya no soy nada, hijos míos; ya no tenéis Padrito Salmón; ya no tenéis quien os predique, ni quien os aconseje, ni quien os diga cosas joviales. Se acabó todo: España es de los franceses; adiós, frailes y monjas, que á todos nos van á quitar de en medio, hijos míos, y no hagáis pucheros, que de nada valen ahora estos pucheros, pues no se defiende la religión con lagrimitas... No lloréis, que *tarde piache*, como dijo el otro, y sucumbamos. Adiós, hijos míos, que ahora os quieren hacer á todos herejes, y los religiosos estamos de más. Yo os echo la bendición: cuidado, cuidadito con los pecadillos. Y tú, joven desgraciado, arrímate á mí, que aún nos queda un poquillo de influjo, y nadie te hará nada yendo en mi compañía. Ven conmigo á la Merced, y allí procuraremos ponerte en salvo.

Cuando marchamos juntos hacia la calle Ancha, oímos en derredor nuestro estentóreas y acaloradas voces de hombres y mujeres que gritaban: «¡Viva el Padre Salmón! ¡Muera Napoleón! ¡Muera el rey de Copas!»

—En mi Convento estarás seguro—me dijo luego el mercenario,—hasta que puedas salir de Madrid. ¿Piensas salir?

—En cuanto pueda, Padre: no puedo ni debo estar más aquí.

—Haces bien: algunos compañeros míos piensan marcharse también á levantar por ahí el espíritu de los pueblos. Yo no saldré de Madrid, porque mi naturaleza es tan delicada y flatulenta, que no resiste los trabajos, hambres y estrecheces de una misión. A la casa de Madrid me atengo: ni quito ni pongo rey, y aunque dicen que el hermano de Copas nos quiere quitar, todo es filfa, hijito mío. Yo sé que andan por Madrid emisarios del Emperador, que nos hacen la mamola á cencerros tapados para que le rindamos pleito homenaje y transijamos con él, requisito indispensable para tratarnos á maravilla, por lo cual opino que tan bien se sirve con Pedro como con Juan, y adelante con los faroles, porque si tienes hogazas no pidas tortas, y si te dan la vaquilla acude con la soguilla, que como dijo el otro, mano que da mendrugo, buena es aunque sea de turco.

Tan sumergido estaba yo en mis pensamientos, que no contesté á mi amigo, si bien mi silencio no fué parte á que dejara de seguir hablando por todo el trayecto, durante el cual

no nos ocurrió desgracia alguna, ni tuvimos ningún mal encuentro.

—Ya estamos en casa—me dijo cuando entramos.—Sube y probarás de unas estaquitas de la olla de ayer que el refistolero me ha guardado para hoy, poniéndolas con arroz; y te advierto que en todo lo que sea de arroz soy una especialidad, y á mí se me debe la introducción de las almejas y de la canela en la paella valenciana.

Entramos en su celda, donde me dejó, volviendo al poco rato con un cazuelillo debajo del manteo; y con esto y una botella que sacara de la alacena, juntamente con una cesta llena de pedazos de pan, higos, aceitunas, nueces, embutidos, queso, dátiles y otras viandas, aderezó un almuerzo que me vino de perillas.

—Esta misma celda en que estás, y que es la mía—me dijo mientras comíamos,—fué ocupada hace más de doscientos años, allá en los de 1620, por aquel insigne mercenario Fr. Gabriel Téllez, á quien generalmente se conoce por el maestro Tirso de Molina. Es fama que en este sitio, y quizás en esta misma mesa, escribió su célebre *Crónica de la Orden*, porque comedias se cree que no hizo ninguna después de meterse á fraile.

—¿No le ha dado á Vuestra Paternidad por hacer comedias?—le pregunté.

—Hombre, algunas he hecho, y ahí están pudriéndose en aquella alacena. Mas no he intentado que se representen, porque el Prior nos lo prohibe, aunque son todas devotas. Una hice que no me parece mala, y se titula *El*

Santo Niño de la Guardia. No deja de tener su sal otra que compuse con el rótulo de *La tutora de la iglesia y doctora de la ley*, toda en sonetos arreo, entreverados con lo que se llaman séptimas reales; y me daba tanto el naipe por estas obrillas, que enjaretaba dos en una semana, y si no me lo prohibieran, le hubiera echado la zancadilla á Bustamante, que escribió trescientas veintinueve comedias de santos.

—¿Y en qué se ocupa ahora Vuestra Paternidad?

—¿En qué me he de ocupar, muchacho, sino en hacer jaulas de grillos? ¿No sabes que soy el primer jaulista de Madrid? Pues á fe que me dan poco trabajo las tales obras. Mira cuántas hay allí. Aquélla que tiene tres pisos, con dos hermosísimas torres y su reloj figurado en el centro, es para las monjas de Constantinopla, y aquella otra redonda que está por concluir, para las Carmelitas Descalzas, que há un mes me tienen loco con la dichosa obra.

En efecto: todo un rincón de la celda estaba lleno de jaulas hechas y por hacer, con todos los materiales y herramientas propias de aquel oficio. De libros no ví sino los folletos y papeles que días antes recogió en casa de Amaranta.

—Yo soy un hombre que abomina la holgazanería—continuó Salmón,—y no me parezco á otros de esta misma casa que no se ocupan en maldita la cosa, aunque hay algunos, la verdad sea dicha, como el Padre Castillo, que noche y día están metidos en un mar de libros y papeles.

—Y en verdad, Padre—le dije,—ya que no hay cautivos que redimir, todos ustedes deberían pasar el tiempo en algún útil menester.

—Pues los hay que como no sea tirar á la barra en la huerta y jugar al tute en la solana, no hacen nada. Y si no, en la celda de al lado tienes al Padre Rubio que se pasa la vida haciendo acertijos y enigmas, los cuales envía á las monjas para que ellas le devuelvan la solución y nuevos problemas, y tienen establecidas ganancias y pérdidas para el que acierta y para el que yerra, las cuales pérdidas y ganancias consisten siempre en algo de condumio. ¿Pues y el Padre Pacho, que se ha dedicado á hacer punto de media, y labra unos primores...! Esto es andar á mujeriegas, lo cual no me gusta. Yo al menos he hecho, en lo tocante al arte eminentísimo de las jaulas, adelantos admirables, y además me dedico á la medicina, para lo cual, con aquel Dioscórides que está á la cabeza de mi cama tapando la escudilla, me basta y me sobra.

Por estos caminos siguió nuestra conversación, hasta que me entró gana de dormir. Mi amigo pidió permiso al Prior para que me quedase allí todo el día y aun toda la noche, refugiado contra una injusta persecución, y me llevaron á una celda vacía, donde en lecho muy blando me acomodé, rindiéndome de tal modo el sueño, que hasta el siguiente día no dí acuerdo de mí.

XXII

Cuando me levanté y hube despachado el desayuno que con sus propias caritativas manos me llevó el Padre Salmón, salí al claustro alto, donde mi amigo me dijo:

—Hay grandes novedades. Ayer á eso de las diez se entregó la plaza á los franceses, una vez firmada la capitulación por el Emperador en su Cuartel general de Chamartín.

—¿Y ha habido algo en Los Pozos?—pregunté, acordándome pesaroso del Gran Capitán.

—Creo que es el único punto donde hubo alguna resistencia, pues de todos los demás se apoderó sin dificultad el general Belliard, Gobernador de la plaza.

Salió al encuentro de Salmón un fraile pequeño y viejo, que se apoyaba en un palo; hombre al parecer enfermizo y de mal genio, que dijo:

—¿Sabe su merced, Sr. Salomón jaulista, las bases de la entrega?

—Hermano Palomeque, no las sé; pero creo que ha llegado Fray Agustín del Niño Jesús, el cual dicen tiene una copia que le suministró un individuo de la Junta.

—¿Qué vuelta por el claustro, Padre Palomeque?—dijo un frailito joven, barbilindo,

ancho de cuello, pulcro de rostro, arrebolado de nariz, nimio de cerquillo y con cierto aire galán, el cual de improviso se unió á nuestro grupo.

—Lo que hay—contestó Palomeque con rabia, dando un fuerte bastonazo en el suelo,—es que anoche me han robado una gallina, de las seis que tenía en el corral, y ¡ay del pícaro zorrón si le descubro, que por nuestro santo hábito, si fuera cierta la sospecha que tengo de un fraile madamo y almibaradillo, yo le juro que me la ha de pagar!

—*¡Oh curas hominum! ¡Oh quantum est in rebus inane! ¡Oh cupidinitas gallinacea!* ¿Y todo ese enfado es por una polla seca y encanijada, con cuyo caldo se podía administrar el Bautismo?

—Basta de bromas; y si era encanijada, no la tenía yo para ningún zángano—exclamó Palomeque.—Pero á otra, y díganme de una vez en que términos se ha hecho esa maldita capitulación. Por ahí asoma Fray Agustín del Niño Jesús.

Llegó, en efecto, con paso grave el tal Niño Jesús, que era un fraile altísimo de estatura, moreno, de pelo en pecho, de aspecto temeroso, ojos fieros y una voz, por raro constraste, tan infantil y atiplada, que parecía salir de otra garganta que la suya. Seguíanle otros dos frailes.

—Vamos á ver, señor músico, ¿qué dice esa minuta?—le preguntó el fraile barbilindo.

—Ahora lo veredes, dijo Agrages—fué la contestación del Padre Agustín.—Creo que

Napoleón ha aceptado todos los artículos, excepto dos ó tres de los menos importantes.

—El primero—dijo Salmón,—habla de la conservación de la religión católica, sin que se consienta otra.

—Justo—respondió el Niño Jesús sacando un papel;—y el segundo de *la libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos de Madrid.* Igualmente establece el respeto á *las vidas, derechos y propiedades de los eclesiásticos seculares y regulares de ambos sexos, conservándose el respeto debido á los templos, todo con arreglo á nuestras leyes.*

—Como no lo han de cumplir—indicó Palomeque,—excusado es que lo digan. Siga adelante.

—¿Para qué ha de leer más? Lo que sigue poco interés tendrá, y apuesto á que habla de que si las tropas saldrán de Madrid con los honores de la guerra ó no.

—Justo—dijo Fray Agustín,—y también hay otro artículo en que se establece que no se perseguirá á persona alguna por opinión ni escritos políticos.

—Eso está muy mal pensado y peor resuelto—dijo otro de los presentes, que era el Padre Rubio, fabricador y artífice de acertijos,—porque si no quitan de en medio á los francmasones y diaristas...

Luego el frailito almibarado, que era nada menos que maestro de Teología, llegóse á Salmón y le dijo:

—¿Se atreve Vuestra Paternidad á echar dos tantos á la barra esta tarde después de la siesta?

—¿Pues no me he de atrever?—contestó.—Y tú, Gabriel, ¿juegas á la barra?

—Este joven—dijo el maestro de Teología con bondad,—¿es aquel portento de las Humanidades, aquel consumado latinista de quien Vuestra Merced me habló?

—El mismo que viste y calza, ó por mejor decir, el segundo Pico de la Mirandola. Puede examinarlo Vuestra Merced y verá lo que son castañas.

Yo repetí que no sabía palabra de latín, y que toda mi fama en dicha lengua provenía de una equivocación.

—*Modestus es*—dijo el teólogo.—Y puesto que es usted tan gran latino, contésteme á esto: ¿qué quiere decir *Vino á lo que vino?*

—Eso no es latín, sino castellano,—dijo Salmón.

—¡Oh!—exclamó el otro batiendo palmas.—Los dos se atascaron. ¿Con que castellano? Pues es tan latín como el *Arma virumque. Vino á lo que vino*, ó lo que es lo mismo, *vi no aloque vino*, que, traducido literalmente, quiere decir *con fuerza nado y me alimento con vino.*

—Este Fray Jacinto de los Traspasos de María es un pozo de ciencia—dijo Salmón.—Gabriel, te atascaste.

—Y díganme ustedes—prosiguió el otro,—¿qué quiere decir *Archiepiscopi toletani onerati sunt mulieribus?*

—Eso más claro es que el agua, mi señor don Teólogo—repuso Salmón.—Es una blasfemia y calumnia; pero valga lo que valiere,

quiere decir, salva la intención, que los Arzobispos de Toledo están cargados de mujeres.

—¡Oh gansos, oh acémilas! Ya les cogí otra vez—dijo Fray Jacinto.—El *archiepiscopi*, que parece nominativo plural, es genitivo singular. De la palabra que suena *mulieribus*, hago dos, á saber: *muli æribus*, y resulta: *los mulos del Arzobispo de Toledo están cargados de riquezas*. ¡Ajajá! Pues y lo de *tú comes caracoles*, ¿qué significa?

—¡Oh! No estoy para quebraderos de cabeza—replicó Salmón.—Dejemos eso, y ya que en el latín me ha vencido, esta tarde le venceré á la barra.

—Esta tarde no—dijo Rubio,—pues Fray Jacinto ha prometido venir conmigo á ver á las Constantinoplas, que están locas por conocerle.

—Y Castillo, ¿dónde está?—preguntó Palomeque.

—En misa.

—¡Oh, *patres conscripti!*—dijo otro fraile que vino á toda prisa por el claustro adelante.—¡Grandes y estupendas novedades! Han llegado tres Consejeros de Castilla, y están en conferencia con el Prior.

—¿Y á qué vienen esos Consejeros del diantre?

—Según he olido, les manda Napoleón para que nos emboben, por ver si consigue que una diputación de regulares de todas las Ordenes vaya á cumplimentarle y hacerle *randibú* en su cuartel de Chamartín.

—Antes al demonio.

—¿Con que *randibú* al azote de los pueblos, al enemigo de la religión, al carcelero de nuestro Rey? Muy bien, tras de cornudo, aporreado, y vengan palos, que con besar la mano que nos los da, todo queda concluído.

—Como se han de levantar contra Napoleón hasta las piedras, y al fin ha de marcharse con su hermano, excusado es andarse con mieles.

A esta sazón llegó el Padre Castillo que venía de decir su misa, aquel discreto y agudo fraile que en casa de la señora Condesa había hecho el espurgo de libros.

—Padre Castillo, ¿con que tenemos visita de Consejeros de Castilla para que nos humillemos ante Napoleón?

—No sé nada de esto.

—Yo estoy determinado á salir de Madrid é irme por esas provincias á predicar la guerra, juntando gente armada,—dijo Rubio.

—Y yo, como me suelte por tierra del Barco de Avila y eche allá cuatro sermones, levanto hasta las piedras,—afirmó el Niño Jesús.

—Yo no me moveré de aquí—dijo Castillo. —En esta casa me mandan los estatutos que resida, y aquí residiré mientras no me echen. Fundóse nuestra Orden para redimir cautivos, no para predicar guerra ni armar soldados.

—Muy bien dicho; mas tampoco se fundó para que la patearan Emperadores y la escupieran Juntas.

—Dios hará de nuestra Orden lo que fuese

servido—repuso Castillo.—En tanto, nosotros nos estamos mejor en nuestra casa, que por montes y valles incitando á los hombres á matarse. Y no es que dejemos de ser patriotas. Más harán las oraciones de un fraile piadoso en pro de nuestros ejércitos, que los sermones furibundos y crueles de esos desgraciados que con los hábitos al cinto se han lanzado á la guerra. Y dígame el buen Niño Jesús, ¿le parece meritoria y digna de un cristiano y de un sacerdote la conducta de ese dominico que no quiero nombrar, y que se ha señalado por sus sanguinarias excitaciones á la matanzas de franceses? No: nada que sea contrario á las generales leyes de la caridad, debe sacarnos de nuestra ordinaria vida.

—Con buenas retóricas se viene ahora el Padre Castillo—dijo otro de los presentes.—No, sino hagámonos miel para que nos papen imperiales moscas.

—Dígame—preguntó un tercero,—¿ha oído decir el Sr. D. Librote y Cata-pergaminos, que Napoleón va á reducir el número de regulares á la tercera parte? Pues sí, eso está muy bonito. Apláudalo el Padre Castillo. Y nosotros veámoslo y callemos, ¿no? ¡Pues me gusta! De modo que si un conquistador atrevido pone en peligro nuestro instituto, lo daremos por bien hecho.

—¿Con que reducirnos á una tercera parte?—dijo Salmón.—¡Bonita invención! Esas son las tan decantadas novedades de los filósofos y de todos esos masones á la francesa que hay ahora.

—No disputaré sobre si es conveniente ó no reducir el número de conventos—dijo Castillo.—Cuestión es ésta delicada y sobre la que se podría hablar mucho. Lo que sí afirmo es que la reducción del número de regulares, y las ideas de poner coto á tantas fundaciones, son bastantes antiguas, y se han ocupado de ello mil eminentes repúblicos. Ya saben todos que en el siglo pasado se ha clamoreado bastante sobre esto. ¿Y qué más? A principios del decimoséptimo siglo, cuando aún no se soñaba en enciclopedias, ni en revoluciones, ni en logias, ni en filosofías, personajes respetables, y entre ellos algunos españoles sapientísimos, se expresaron en igual sentido. Como me dedico á buscar papeles viejos, ¡vean mis caros hermanos la casualidad! en estos días he encontrado dos que vienen como de molde á terciar en esta contienda.

Y al punto fué á su celda, que muy cerca estaba, y volviendo con dos libros viejos, los mostró á sus hermanos.

—Aquí están—dijo.—Uno es el *Memorial que al Rey D. Felipe III dió en su Consejo de Estado Fray Luis de Miranda, lector jubilado, de la Orden de San Francisco, acerca de la ruyna y destrucción que amenazaba á la república y monarquía de España, si con presteza no se acude al remedio.* Las causas y razones que expone, son: PRIMERA, *la muchedumbre de hacienda que de secular se está convirtiendo en eclesiástica.* SEGUNDA, *las innumerables personas que, por sus particulares fines, de seglares se hacen religiosos, sin aver de ello necesidad,*

antes con daño de las mismas religiones. Esto se escribía en los primeros años del siglo decimoséptimo, y si el mal era cierto, juzguen Vuestras Paternidades si habrá aumentado, no habiendo nadie acudido al remedio. El otro libro se titula *Discurso del doctor D. Gutiérrez, Marqués de Careaga, en que intenta persuadir que la monarquía de España se va acabando y destruyendo á causa del estado eclesiástico, fundación de Religiones, Capellanías, Aniversarios y Mayorazgos.* Esto está impreso en 1620. De modo, hermanos míos—añadió con zunga el buen Castillo,—que hace doscientos años hubo quien ya dió en la flor de decir que éramos muchos. Ahora, pues, carísimos, cada uno meta la mano en su pecho, consulte á su conciencia y pregúntese á sí mismo si cree estar de más: *intelligenti pauca.* ¿Y esas gallinas, Padre Palomeque, cuántos huevos han puesto en la semana? ¿Y cómo van esas jaulas, Padre Salmón? ¿Qué me dice Vuestra Paternidad de aquellos enigmillas tan reservados que le enviaron ayer las Constantinoplas, Padre Rubio? ¿Halos acertado ya? ¿Y qué tal van esos toques de flauta, Fray Agustín del Niño Jesús?

Y así fué dirigiendo á todos graciosas pullas, si bien ellos no se irritaban, gracias al respeto que le tenían. Con esto y con la retirada de Castillo se desbarató el corro, y casi todos fueron á husmear á la puerta de la celda del Prior por ver si descubrían cuál era la misteriosa comisión de los Consejeros de Castilla. Cuando Salmón y yo íbamos á espaciarnos un

poco por la huerta, vimos un fraile anciano que, leyendo devotamente su libro de oraciones, se paseaba en el claustro bajo. Pregunté á mi amigo quién era aquel venerable sujeto, y me dijo:

—Este es el Padre Chaves, el más piadoso y recogido de todos los frailes de este convento, si bien me parece que es algo mentecato. No hace más que rezar, leer libros santos, y asistir á todos los enfermos de la casa. Hace catorce años que no ha salido una sola vez á la calle. No recibe regalos, sino aquéllos que puede dar á los pobres. Apenas come, y cuanto le dan aquí lo guarda para repartirlo los sábados á una chusma que viene á la portería, porque, según dice él, ya que no puede redimir cautivos, quiere redimir á los que padecen la peor esclavitud de todas, que es la miseria. Antes te dije que era un mentecato; pero la verdad, hijo, Chaves es un excelente hermano.

—Dios ha puesto de todo en el mundo—pensé yo;—y así como no hay nada perfecto, tampoco hay cosa alguna que sea rematadamente mala.